

# EDUCACION

## CATOLICA

"Un puro conocimiento jamás es suficiente para movernos, porque no nos arrastra por entero: en todo acto hay un acto de fe."

### ¿Por qué?

Estas palabras de Maurice Blondel (1) son un jarro de agua fría volcado en las espaldas de quienes piensan la vida como una evidencia, un conocimiento luminoso, un archivador con sus divisiones y apartados netos. En el plano social enfocan la relación entre lo temporal y lo espiritual como un conflicto, un muro divisorio a la manera del berlinés, en que cada parte debe montar guardia para que no se entremezclen: el laico en lo temporal, en sacerdote en la Iglesia. Quisieran acentuar en el sacerdote, en el católico seglar, las palabras "no sois del mundo" y silenciar "pero no te pido que los saques del mundo". Quisieran una religión de catacumbas: relegada al templo-cripta y al corazón-cripta. Sin embargo, la Iglesia sale al mundo y se injerta en la vida de los hombres, esa vida que es un continuo desarrollo, un mejoramiento: si es vida, lo es por la educación, por ella nos incardinamos en la vida social; tarea de toda la vida el mejorarse, pero principalmente en nuestra etapa inicial cuando nos ponemos en órbita.

¿Por qué la Iglesia se hace presente en la educación? Ella que

enseñe religión, que comunique la fe. La educación no le incumbe: ¿Por qué escuelas católicas cuando el Estado se encarga de la educación de todos? ¿Acaso existen unas matemáticas, una cultura, una música cristiana que no suena igual en la escuela estatal? ¿O es que quieren formar un "ghetto"?

El título "Mater et Magistra" les parece excesivamente largo: dejan Mater y recortan el Magistra. La Iglesia defiende ambas facetas porque debe comunicar no sólo la fe, sino también un cierto mundo de la fe, un cierto contexto de cultura que sea homogénea con la fe y donde la fe pueda desarrollarse. El cristianismo no es únicamente un código de preceptos, sino una visión del mundo concretada en cada una de nuestras acciones.

#### ¿Hay una cultura cristiana?

La cultura, como producción del hombre en todas sus actividades, tiene ya una abertura natural a Dios. El cristianismo únicamente despliega hasta la plenitud el sentido de la cultura.

Carlos de la  
Fuente, S. J.

“El hombre, considerado en su límite humano y terrestre, es un ser que, a través de las relaciones que sostiene con el mundo y con sus semejantes, tiende al Absoluto, cuyo nombre es Dios. La revelación cristiana lleva a su término esta abertura estructural del hombre.” (2)

Podemos decir: hay un aporte cristiano a la cultura, pero no estrictamente una cultura cristiana. Porque lo humano tiene en sí una relación con lo sobrenatural. Lo típicamente cristiano es la fe, esperanza y caridad por mediación de Cristo, lo totalmente sobrenatural. Todo lo demás es estructura puramente humana. Así, la cultura; siendo fiel a ella se queda abierto al cristianismo. El budista asiático, el musulmán africano, el comunista ruso, sin resquebrajar el fondo humano sobre el que se asienta, puede poseer un “alma naturalmente cristiana” —según expresión de Paulo VI— si permanece atento íntegramente a lo que de eterno posee el hombre.

Si no se da una cultura específicamente cristiana, ¿cuál es ese contexto de cultura necesario para que la fe se desenvuelva?

## El mundo de la fe

La fe necesita un caldo de cultivo para no morir, condiciones climatológicas: el mundo de la fe. El hombre, ser en el tiempo, espíritu encarnado —o cuerpo espiritualizado—, necesita en su ideología y en su acción una unidad en la que no vayan divorciados lo espiritual y lo material, porque su acción es hija de todo su ser. (No adora a Dios el alma sola o el cuerpo solo, sino la persona...) Así la fe necesita estar en consonancia con todos los supuestos culturales en los que se mueve.

Este mundo de la fe, o “geografía” donde la fe vive, es el mundo del hombre en su mejor sentido. Su papel consiste en señalar con el dedo todo lo bueno y genuino que el hombre ha producido en su historia sin desviarse de la ley natural, de esa imagen de Dios y de sí, que el hombre lee en su interior cuando no le ciegan los prejuicios.

El hombre, al comenzar a existir en la Historia, tiene unas características y un fin superior trazado

por Alguien que le sobrepasa. “No tenemos que inventar un tipo humano; se nos da ya, y nosotros tenemos que realizarlo.” (3) “Su fin le es impuesto; quiéralo o no está inscrito en su naturaleza... pero sólo de él depende consentir a la dicha o rehusarla...”

Nuestra libertad no consiste en elegir nuestro fin, sino solamente los medios que conducen a él para llegar a ser libremente nosotros-mismos. Ante el fin último, ser libre no es elegir, sino consentir.” (4)

Hay algunas culturas y filosofías —productos desviados del hombre— que han cubierto con un estuco de mal gusto la obra genuina del Creador y del Hombre en la línea creadora. La misión de este mundo de la fe que la Iglesia suministra consiste en restaurar la obra de arte auténtica, quitarle los postizos y vigilar para que los “escayolistas” —laicismo, comunismo, positivismo...— no adulteren el rondo humano original, el tipo humano auténtico. Por otra parte, en ese fondo humano común podemos entendernos con laicistas, comunistas y todos los demás hombres de buena voluntad.

En un mundo, en cambio, acelerado, en que los valores trascendentes son puestos en duda o entre paréntesis, “donde no coinciden más los valores de cultura y cohesión social, donde no hay ya certeza meta-empírica, sino solamente leyes subjetivas, ¿qué va a hacer la Iglesia, ella que pretende... tener una vista de síntesis, de buen sentido y de doctrina sobre el destino?” (5)

Ella pretende salvaguardar ese núcleo eterno del hombre, su idea trascendente, su dinamismo impulsor hacia el perfeccionamiento. Este es el núcleo humano, el mundo de la fe en su aspecto natural.

Pero la fe no permanece externa a los intereses del hombre. Se injerta en ellos. El cristianismo, sin destruir la cultura, la completa, le añade su visión: la integración en un Todo, en un Uno hacia el que el cosmos se dirige: la realización en Cristo por obra del Amor. Materia y Espíritu organizan una gran manifestación apoteósica: la Unidad y Armonía en Cristo al final de los tiempos. Mientras, todo el cosmos, el orden so-

cial, gime con desajustes. El cristiano tiene como misión lograr que la Naturaleza, los semejantes, la sociedad, evolucionen hacia esa meta. El cristianismo es el depositario de esta tarea que inició Cristo en la Resurrección, que en cierto sentido la consumó, pero que hay que realizarla en el tiempo con elementos humano-temporales.

El comienzo dice relación al fin. Cristo realizó ya esta obra grandiosa de Amor. Como dice Karl Rhaner:

“Todo comienzo es misterioso: lo encierra todo en sí y, sin embargo, aún debe comenzar a ser. El principio es el horizonte, la base y la ley de lo que vendrá, y con todo, se desvelará en el porvenir.” (6)

Los cristianos, por la identidad con Cristo, somos los continuadores en el tiempo de esta tarea, los que debemos volver a tomar en nosotros, individual y socialmente, esta acción renovadora. Es una encarnación del Amor unificador de todos los seres humanos en la consideración de la igualdad: igual naturaleza, igual destino, igual filiación de Dios. Esta es la actitud fundamental inmutable; cambian los métodos, las circunstancias temporales de su realización.

Vemos que la relación vertical a Dios de la cultura humana a través de la horizontalidad de las relaciones humanas, embrión de la caridad, es desarrollada y llevada a la estatura adulta por el cristianismo: cuanto más horizontalidad —amor a las demás personas—, más verticalidad —amor a Dios—. Porque Dios se ha hecho hombre y ha empezado a amar así, irrumpió en nuestra cultura y la hizo suya. El mundo de la fe es en la revelación cristiana ejercicio mismo de esa fe.

## Educación católica, síntesis

“Para un niño, un adolescente o un joven cristiano, la comunidad gracias a la cual se hará la síntesis viva de su cultura y de su fe es la escuela confesional... Se aprende a vivir viviendo, no se le prepara a nadie a la vida, se le ayuda a vivir hoy para que él continúe viviendo mañana.” (7)

Si la visión cristiana es una actitud ante la vida, es lógico que la

escuela católica —como las demás escuelas confesionales— reclame para sí una educación integral. Una actitud no se enseña en clase, se provoca en toda una educación, se la hace vivir y ejercitar. La educación intenta agilizar ese imponderable margen de voluntad, ese “acto de fe” a que alude Marcel, elemento principal de toda acción. Y el amor, característico de la visión cristiana, no es tanto objeto de contemplación cuanto de acción; se lanza uno a amar como se lanza uno a nadar. Las enseñanzas van sobre la marcha.

La educación católica, en su ideal pedagógico, forma socialmente al hombre futuro, pero con un enfoque propio: como niño que pertenece a un medio familiar con una ideología católica. La diferencia esencial con la escuela neutral radica en que ésta refiere el niño a la nación, le considera más como ciudadano, prescindiendo de su ideología familiar, mientras que la escuela católica mira al ciudadano futuro a través de la primera sociedad de que forma parte: la familia. En el fondo se trata de dos pedagogías distintas: la escuela neutral insiste más en la instrucción, en el poder de la razón, sustituye la relación niño-educador-padres por niño-profesor-Estado; la escuela católica afirma que educación es más que instrucción, que la razón humana se enriquece con la fe, defiende la relación niño-educador-padres como más natural y primordial. Creen los católicos que educación —mejoramiento— es más una encarnación y dad, sinceridad... que una saturación de conocimientos. Incluye también la instrucción, pero esta instrucción, aunque sea indirectamente, no puede prescindir “de las nociones fundamentales de orden filosófico o religioso, de la idea de hombre y su destino y de la inspiración básica en la que inevitablemente se basa la idea educacional” (8), que es la doctrina católica.

Una clase de religión no basta para lograr este fin. El niño es incapaz de sintetizar dos conocimientos que se imparten en compartimentos diferentes. Además, es deber de todo hombre conocer a Dios en la plena luz de su Revelación, de su Comunicación, y sentir su acción y reconocerla en cada uno de nosotros, empapando íntima-

mente nuestro ser y comprometiéndonos por entero: esto importa una filosofía de la vida y de la acción que una clase aislada es incapaz de desarrollar.

Al no encontrar este abanico de condiciones en la escuela pública actual, los católicos edifican sus escuelas, colegios y universidades. Sistema educacional que debería reconocerse como cumpliendo una función social y digno de ser ayudado por el Estado, pues responde al anhelo más íntimo de un gran sector de la población. Y, de rechazo, podríamos preguntar: ¿hasta qué punto el Estado está sirviendo a la comunidad cuando está mutilando sus aspiraciones más íntimas, como es esta de la educación católica (algo más que una posible clase de religión), cuando crea situaciones en que sólo unos pocos ciudadanos católicos con medios económicos pueden satisfacer este deseo hondo?

### No un ghetto

“En todas partes los católicos han respondido que no tienen ningún deseo de hacer separación en el país o de emigrar al interior —de ellos mismos—, sino que quieren simplemente para sus hijos una educación cristiana de una cualidad particular a fin de que, hechos hombres, puedan participar en cristiano de la vida de la nación, aportándole así las riquezas de un cristianismo vívido.” (9)

La escuela católica no tiene la función profiláctica de aislar a los jóvenes del virus ambiente. Es el trampolín para lanzarlos a la vida abiertamente, da el impulso que retiene antes del salto.

Y para aportar algo a la sociedad, los católicos tenemos que ser auténticos, vivir nuestra ideología propia con un estilo propio: el no conformismo con un ambiente injusto e inhumano, el compromiso que significa vivir el Evangelio. Así llevaremos nuestro aporte humano-divino a la sociedad, le daremos eso que la sociedad no cristiana no posee y que la escuela cristiana pretende inculcar: la visión fraternal del mundo trascendido de un amor en Cristo.

El católico se esfuerza por resaltar lo humano de la cultura con este sentido. Lucha por un amor universal de los individuos y de los pueblos para testimoniar que

Cristo ha venido a traer una dimensión nueva de profundidad en las relaciones humanas.

En un mundo de igualdad de oportunidades, desechada la idea medieval de cristiandad, el cristiano es un fermento que en su radio de acción y unido a los otros cristianos desea transformar la masa. Hay una competencia con los otros fermentos —materialismo, positivismo, etc.—, pero el cristiano acepta el desafío. El mundo es un inmenso país de misión, luz y sombra en cada centímetro cuadrado, trigo y cizaña en cada rincón de la tierra. La Iglesia, ante esta realidad, se preocupa en formar los hombres de la luz por la educación. Nunca las tinieblas pueden producir luz: es preciso que la luz nazca, y la Iglesia conserva ese fuego que Cristo ha venido a traer a la tierra.

En esta olimpiada mundial hacia la meta de la transfiguración en Cristo, los cristianos nos pasamos la antorcha. Nos esforzamos para que los que nos relevan sean mejores, vivan más auténticamente que nosotros. En esto consiste la educación: hacer vivir mejor. Y educar con este estilo es contribuir al progreso social, es realismo y no teoría, porque:

“El término de nuestra acción no está en el objeto que enfocamos, sino en nosotros y en Dios. Y conocerlo, eso no es nada todavía, es practicarlo lo que es siempre nuevo, costoso, saludable.” (10)

Hacerles vivir: he aquí el porqué de este ministerio católico de la educación, ministerio humano y sagrado.

### NOTAS

- (1) L'Action (1893), P.U.F., París, 1950, p. IX.
- (2) Christian Duquoc: La Realeza de Cristo. Selecciones de Teología, Nº 10 (1964), p. 221.
- (3) Jean Danielou: Scandaleuse verité. Fayard. París, 1961, p. 166.
- (4) Marcel Clement: Traité de formation social. Quebec, 1961, p. 30.
- (5) Jacques Cousineau: Réflexions sur l'école chretienne. Relations sep. (1964), p. 257.
- (6) Pensamientos para una teología de la infancia. Selecciones de Teología, Nº 10 (1964), p. 144.
- (7) J. Cousineau: art. cit., p. 258.
- (8) Jacques Maritain: La educación en este momento crucial. Desclée. B. A. 1950, p. 212.
- (9) J. Cousineau: art. cit., p. 257.
- (10) M. Blondel: Carnets intimes, 12 práctica de valores (justicia, carismas 1894.